

EL MIEDO AL AMOR Y EL ODIO CONTRA LAS MUJERES: ANÁLISIS DE LOS ORÍGENES DE LA VIOLENCIA MACHISTA

FEAR OF LOVE AND HATRED AGAINST WOMEN: ANALYSIS OF THE ORIGINS OF SEXIST VIOLENCE

Coral Herrera Gómez*

Universitat de Barcelona (España)

Resumen

Para poder erradicar la violencia de género es necesario ir a la raíz: en este artículo vamos a profundizar en los orígenes de la misoginia y a responder a estas dos preguntas: ¿cómo aprenden los hombres a relacionarse con las mujeres?, ¿cómo son educados desde pequeños para tener miedo al amor y para odiar a las mujeres? Tomar conciencia sobre el origen del miedo y del odio puede ayudar a los varones a hacer autocritica amorosa para liberarse de los patriarcados que les habitan, para tomar conciencia de sus privilegios, y para transformar sus relaciones basadas en el abuso y la violencia, en relaciones basadas en la igualdad, la libertad y el compañerismo. En este artículo vamos a analizar las causas de la guerra mundial contra las mujeres profundizando en los mitos en torno a las mujeres desobedientes y malvadas, el impacto de los mandatos de género en la construcción de la identidad masculina, la forma en cómo afecta a los niños varones el trauma de la separación con la madre, la diferencia en los niveles de desarrollo y maduración con respecto a las niñas, y los complejos de inferioridad y superioridad en los varones educados en el patriarcado.

Palabras clave: Miedo. Amor. Odio. Mujeres. Misoginia. Violencia machista. Relaciones. Amor romántico.

* Profesora del Máster de Terapia Sexual y de Pareja de la Universitat de Barcelona. Doctora en Humanidades y licenciada en Humanidades y Comunicación por la Universidad Carlos III de Madrid (España).

Abstract

To eradicate gender violence, we must address its roots. In this article, we will delve into the origins of misogyny and explore two key questions: How do men learn to relate to women? How are they raised from a young age to fear love and harbor hatred toward women? Gaining awareness of the roots of fear and hatred can help men engage in loving self-reflection, freeing themselves from internalized patriarchal norms, recognizing their privileges, and transforming relationships based on abuse and violence into ones founded on equality, freedom, and companionship. In this article, we analyze the causes of the global war against women, delving into the myths surrounding disobedient and "evil" women, the impact of gender norms on masculine identity, how boys are affected by the trauma of separation from their mothers, the differences in developmental and maturity levels compared to girls, and the inferiority and superiority complexes fostered in men raised under patriarchy.

Keywords: Fear. Love. Hatred. Women. Misogyny. Sexist Violence. Relationships. Romantic Love.

INTRODUCCIÓN

“El machismo es el odio de los hombres con miedo a las mujeres sin miedo”

Eduardo Galeano

El miedo es una emoción muy fuerte y poderosa que genera otras emociones fuertes como el rechazo y el odio. El odio es la emoción que nos empuja a dominar y a hacer daño a los demás. Para comprender por qué los hombres necesitaron dominar a las mujeres, y por qué todos los días, en todos los países del mundo, las mujeres sufren acoso, agresiones, violaciones, torturas y femicidios es fundamental que entendamos cómo se originó en nuestra cultura el miedo contra lo femenino y contra todo lo que tiene que ver con las emociones y los cuidados, consideradas por el patriarcado “cosas de mujeres”

“El miedo y odio tienen los mismos orígenes y se alimentan de lo mismo: son como los gemelos siameses condenados a pasar toda la vida en recíproca compañía. En muchos casos, no sólo nacieron juntos sino que solamente pueden morir juntos. El miedo necesariamente debe buscar, inventar y construir los objetivos sobre los cuales debe descargar el odio, mientras que el odio necesita la cualidad asustadora de esos objetivos como razón de ser: ellos se entrechocan recíprocamente, sólo pueden sobrevivir de esa forma (...) Ese miedo era y continúa siendo una trinidad envenenada, el encuentro de tres sentimientos obsesivos: ignorancia, impotencia y humillación” (Bauman, 2003)

Los niños varones aprenden a ser hombres desde la negación y el rechazo: construyen su identidad masculina desde el miedo. Los principales temores de los varones patriarcales son: el miedo a no ser aceptados y queridos por el grupo de amigos, el miedo a las mujeres, el miedo a las emociones como el amor y la ternura, el miedo al fracaso y a la exclusión, y el miedo a las relaciones sexo-afectivas con otros hombres: “El patriarcado se basa en el temor, en el miedo que sienten los hombres ante las mujeres, el miedo del adolescente y el del varón inmaduro a las mujeres y a los hombres de verdad” (Moore y Gilette, 1993)

El miedo les lleva a sentir un profundo odio hacia aquello a lo que temen. Los estudios de masculinidad han logrado proporcionar un apoyo empírico a la idea de que las definiciones de lo masculino tienen un carácter relacional: lo masculino se define socialmente y, ante todo,

frente a lo femenino, de igual modo que lo positivo se define por su contrario, lo negativo. Es decir, los varones se definen al relacionarse con lo Otro, se definen en torno a lo que no son ellos: “Ser hombre significa no ser femenino, no ser homosexual, no ser dócil, dependiente o sumiso, no ser afeminado, no mantener relaciones sexuales o demasiado íntimas con otros hombres, y sobre todo, no ser impotente con las mujeres” (Badinter, 1993).

En las aulas uno de los peores agravios que sufren los varones consiste en ser comparados con las niñas, como si nacer niña fuese una de las grandes desgracias de la vida. “Corres como una niña”, “lloras como una niña”, “pareces una niña”, “eres un mariquita”... La misoginia y la homofobia van dadas de la mano en los insultos con los que los varones ejercen violencia entre ellos, porque también sufren un miedo atroz a ser considerados “afeminados”.

Los niños sufren mucho cuando son acosados por otros niños, pero también lo usan para atacar y herir a los demás. ¿Por qué no hay nada peor que te comparen con una niña? Porque los *machos de verdad* son fuertes y dominantes, y las niñas son seres despreciables, débiles y sumisas. En la jerarquía social del sistema capitalista y patriarcal, los que dominan el mundo son un grupo de hombres adultos, ricos, y blancos. En lo más bajo de esta pirámide se encuentran las niñas y las mujeres, y como es lógico, ningún macho quiere pertenecer al bando de las personas dominadas.

Los hombres son educados en el patriarcado para competir y son obligados a hacer demostraciones de su hombría constantemente y a ser sumisos a los mandatos de género, incluso arriesgando su salud y su vida. Los machos no son conscientes de esta obediencia, simplemente, se dejan llevar por el terror a que los demás se burlen y se rían de ellos. El único consuelo que tienen es que, por muy abajo que estén en la jerarquía, siempre tendrán más rango, poder y privilegios que las mujeres.

Aunque no puedan ascender a lo más alto, siempre serán mejores que la mitad de la población humana, y siempre podrán tener disponibles a mujeres que estén dispuestas a servirles y a cuidarles. Este es el premio de consolación del patriarcado: “Siempre serás el rey de tu hogar. Aunque te toque trabajar duramente para hombres ricos y poderosos, siempre podrás tener a tu mujer y a tus descendientes a tu servicio”

¿Cómo aprenden los hombres a temer y rechazar a las mujeres? La misoginia (del griego *μισογυνια*; *misos* y *gyne* respectivamente: ‘odio a la mujer’) es el miedo, la aversión, el desprecio o el odio hacia las mujeres. Los niños y niñas aprenden e interiorizan los valores y creencias misóginas durante el proceso de crianza y socialización, y a través de la cultura.

Todos nuestros relatos están impregnados de misoginia, también los infantiles. Los chistes, los refranes, las canciones, los cuentos, las novelas, las obras de teatro, las películas, los videojuegos... en todas nuestras producciones culturales podemos observar la presencia de estereotipos y de mandatos de género (a través de los cuales aprendemos a ser hombres y mujeres), y de mitos (sobre la masculinidad, la feminidad y el amor romántico).

Gran parte de la misoginia la aprendemos escuchando cuentos, cantando y bailando, viendo televisión, navegando en internet, leyendo y consumiendo productos audiovisuales de entretenimiento. Los niños varones reciben advertencias en los cuentos y las series de dibujos animados: en el cuento de “El libro de La Selva” tenemos el ejemplo de Mowgli, un niño criado por lobos que no ha tenido contacto con otros seres humanos hasta que se encuentra con una niña que está recogiendo agua en un lago. Baloo le dice a su pequeño amigo: "Olvídala, (las niñas) solo traen problemas".

En muchos de nuestros relatos a los niños se les advierte que las mujeres son complicadas, peligrosas, irracionales, misteriosas, caprichosas... y les enseñan que no deben de fiarse de nosotras. Donde mayor intensidad cobra este mensaje es en las canciones románticas y las canciones de despecho, en las que los cantantes suelen quejarse de lo incomprensibles, traicioneras y malvadas que son las mujeres.

Los varones aprenden la misoginia también en su proceso de socialización y crianza: si en su círculo más cercano de gente las mujeres son tratadas como sirvientas, es probable que se relacionen con ellas de la misma manera, pues niños y niñas aprenden en primera instancia desde la imitación. En 1977 el psicólogo Albert Bandura formuló la Teoría del Aprendizaje Social (TAS), que explica que una parte importante del aprendizaje humano se da en el entorno social mediante un proceso cognitivo que se produce observando a otros individuos y reproduciendo sus conductas.

La mayoría de los niños no tiene referentes primarios de masculinidades positivas: hasta hace muy poco eran educados bajo los mandatos de la masculinidad patriarcal hegemónica, y muy pocos tenían en su familia a hombres capaces de tratar a sus parejas como compañeras y de tomar conciencia sobre sus privilegios.

Dentro de su proceso educativo en el hogar y en su entorno más inmediato, hay tres factores que influyen poderosamente en la construcción social de la identidad masculina y en la internalización de la misoginia: el trauma del padre ausente, el trauma de la separación con la madre, y la diferencia en el desarrollo de la madurez entre niñas y niños.

¿Cuáles son las consecuencias de este aprendizaje e interiorización de la misoginia? La mutilación sexual femenina, la mutilación emocional masculina, y la guerra contra las mujeres que se libra a diario en todos los países del planeta.

LAS MUJERES BUENAS Y LAS MUJERES MALAS

A excepción de figuras femeninas guerreras que ayudan a los hombres, en general en las culturas patriarcales el universo simbólico femenino se encuentra dividido en dos grandes grupos: las *mujeres buenas* (Virgen María, diosas, santas, madres y esposas) y las *mujeres malas* (Eva, Lilith, y toda la serie de monstruos femeninos, seres mitológicos malvados, brujas y hechiceras, etc.).

Este desdoblamiento, según Joseph Campbell, se produjo en los inicios de la cultura patriarcal, cuando se llevó a cabo “la inversión del mito femenino en negativo”, y ha perdurado hasta nuestros días en el imaginario colectivo. Este socavamiento simbólico proviene de un miedo ancestral de los hombres con respecto “al otro”.

Una de las razones de este miedo se encuentra probablemente en la capacidad “mágica” y exclusiva de las mujeres de gestar en su interior nuevas vidas; pero también lo son las denominadas “artes femeninas”, que asocian a la mujer con la capacidad de curar, de adivinar, de crear, de manipular, de enamorar e influir poderosamente en el comportamiento de los hombres. Es por esta razón que se las ha representado siempre como hechiceras, adivinas, magas, brujas, por un lado, y por otro como seductoras e irresistibles sirenas, vampiras y diablas.

En la mitología griega encontramos numerosas representaciones femeninas de *mujeres malas*: *Las Erinias* (Grecia) y *las Furias* (Roma), *Las Moiras*, *Las Parcas*, *Las Harpías*, *Las Gorgonas*, *Las Amazonas*, *Las Sirenas*, *La Esfinge*... Más tarde, en el seno de las culturas hebraica y cristiana surgen otras dos mujeres desobedientes: Eva y Lilith. En La Biblia se crea el “pecado original” de la Humanidad: la Mujer impulsa al hombre a comer el fruto prohibido por Dios y producido por el árbol del Bien y del Mal. Autoridades de diversas épocas han afirmado que si tal fruto estaba prohibido sólo era porque infundía la sabiduría divina, con lo que atribuyen a la mujer “la pasión del conocimiento” de los seres humanos, es decir, la pretensión de “ser dioses o como dioses”.

La opinión predominante en la mente popular transforma semejante curiosidad intelectual en sexual, dada la promesa hecha por una serpiente a Eva y la oferta de ésta con una manzana, símbolos ambos de significado sexual femenino. Así es que la provocación de la mujer al hombre sería al “conocimiento carnal” que fue castigado con la expulsión del paraíso Terrenal, la condena de la mujer a la maternidad dolorosa, del hombre al duro trabajo y de ambos a la muerte. La aspiración al conocimiento de Eva y su cómplice Adán fue castigada *in aeternum* en todos sus descendientes, mientras que más tarde el ansia de sabiduría del hombre platónico -el varón- será alabado y premiado.

La Iglesia Católica ha sido uno de los principales productores de la misoginia en Occidente. En varios concilios de la Edad Media se discutió si las mujeres eran o no animales, y tenían un alma racional. La religión judía también echa las culpas a una mujer de todos los males, en este caso la víctima es Lilith, considerada la primera esposa de Adán en la literatura rabínica. En las leyendas populares hebreas es el espíritu del mal y la destrucción, el demonio animal con rostro de mujer. Dios no la creó a partir de la costilla del primer hombre, sino de “inmundicia y sedimento”.

Según Bornay (1998), Lilith y Adán nunca encontraron la paz, principalmente porque Lilith, no queriendo renunciar a su igualdad, discutía con su compañero sobre el modo y la forma de realizar su unión carnal. Lilith consideraba ofensiva la postura recostada que él exigía. “¿Por qué he de acostarme debajo de tí?”, preguntaba, “yo también fui hecha de polvo, y por consiguiente, soy tu igual”. Como Adán trató de obligarla por la fuerza, Lilith, airada, pronunció el nombre mágico de Dios, se elevó en el aire y lo abandonó. La diablesa huyó del

Edén para siempre y se fue a vivir a la región del aire “donde se unió al mayor de los demonios y engendró con él toda una estirpe de diablos”.

Según Bornay, la imagen de Eva, por ser “la madre de todos los vivientes” aparecía como una figura más respetable para servir de verdadero ejemplo a las jóvenes judías casaderas, por ello se requería salvarla o como mínimo, mediatizar su culpa. Si Eva se mantuvo al lado de Adán, no fue así con Lilith, “que aparece como una insubordinada y rebelde criatura que abandona súbitamente a su esposo sin escuchar siquiera la voz del propio Dios induciéndola a permanecer junto a aquel a quien se la había destinado y ella rechazaba. De ahí se concluye que fue Lilita la primera mujer que se rebeló, no ya contra el hombre terrenal, sino, lo que es más inconcebible, contra el propio Hombre Celestial. Lilita es una mujer mala, además, por la no creación, la esterilidad” (Bornay, 1998).

Para las religiones cristiana y judía, la sexualidad de la mujer debía ceñirse únicamente a la tarea de la reproducción. Los penitenciales medievales revelan que el acto carnal entre un hombre y una mujer no unidos en santo matrimonio era considerado más grave que el asesinato: “El continuo apelar a la abstinencia, esta insistencia la maldad intrínseca del goce sexual, este desprecio sin paliativos por la carne necesitó de la figura de un “impulsor”, un culpable, un ser proclive al pecado, que no fuera aquel hombre creado a “semejanza de Dios”. Se necesitaba de “otro” que por la lógica de estas filosofías patrísticas, iba a ser otra: Eva, la Mujer. Es en ella en quien los padres de la Iglesia encarnarán todas las tentaciones del mundo terrenal, el sexo y el demonio” (Bornay, 1998)

Nuestra cultura sigue produciendo imágenes terroríficas de mujeres libres y poderosas, *devorahombres* insaciables, mujeres perversas que siguen poblando las peores pesadillas de los hombres patriarcales. El cine de Hollywood del siglo XX seguirá ofreciéndonos modelos de mujeres malas bellezas del *southern*, *femmes fatales* y afroditas lujuriosas, todos mitos que según Nuria Bou (2006), provienen del mito griego de Pandora, diosa femenina que abre la caja de todos los males y los expande por la Tierra. Los dioses castigan su curiosidad, y toda la Humanidad tendrá que pagarlo. Pandora es una mujer sensual y peligrosa, inteligente y embustera, “arquetipo de la feminidad dual, ambigua y temeraria que seduce y destruye a los hombres”

En todas las épocas, los hombres se han esforzado por hacer frente a su miedo a base de exteriorizarlo y justificarlo: “Desde la quema de brujas en la Edad Media hasta la actualidad, las mujeres han sido objeto de una imaginaria en la que se recogen los temores masculinos soterrados. El caso en donde mejor se reflejan estos temores es en los Autos de Brujería en donde se muestra el odio inconsciente acumulado y proyectado en todo lo que recuerde, aunque sea de lejos, lo doméstico: la escoba, el caldero y hasta el gato (que fueron casi exterminados en el siglo XIV en Europa por ser compañía habitual de la mujer) son identificados como prácticas satánicas. Todo ello sería cómico, si no hubiesen muerto miles de mujeres” (Muñoz, 2001)

Las *mujeres malas* son las culpables de la desconfianza primordial que sienten los hombres contra las mujeres, y este mito es el núcleo central de la guerra mundial que se libra contra las mujeres en todo el planeta. Los hombres enseñan a las nuevas generaciones que las mujeres son una amenaza para su libertad, para sus finanzas, y para su corazón. En nuestro imaginario colectivo pervive la idea de que son malas personas y que por eso los hombres deben domesticarlas como a los animales para que obedezcan, y para no ser dominados por ellas.

EL RECHAZO A LA MADRE: EL TRAUMA DE LOS VARONES EN LAS CULTURAS PATRIARCALES

“Desde la infancia hasta la edad adulta, y a veces toda la vida, la masculinidad es mucho más una reacción que una adhesión. El chico se instala oponiéndose: no soy mi madre, no soy un bebé, no soy una niña, proclama su inconsciente. Según la expresión de Alfred Adler, el advenimiento de la masculinidad pasa por una protesta viril. “La palabra “protesta” indica que hay duda. (...) Esta protesta la dirige en primer lugar a la madre. Se respalda en tres postulados: Yo no soy ella, no soy como ella, y estoy en contra suya” (Badinter, 1993).

Numerosos teóricos/as (especialmente en el campo del psicoanálisis) han analizado la relación de la madre con el hijo varón y el modo en que los niños son obligados a separarse de la madre y su mundo de mujeres (abuelas, tías, hermanas, primas, sobrinas, vecinas) para convertirse en seres adultos, autónomos e independientes. Nuestra cultura no ha encontrado aún la manera de que este proceso de transformación del niño en adulto no sea traumático:

aún seguimos creyendo que los niños deben sufrir y deben mutilarse a sí mismos para poder ser *hombres de verdad*.

Todas las sociedades necesitan hombres y mujeres adultos comprometidos y responsables que cumplan con sus obligaciones: producir y consumir, y reproducirse entre ellos. Y mientras trabajan y crían, deben además ahorrar para el futuro, cuidar a sus mayores, y educar a las nuevas generaciones. Según Chodorow (1978), cuando nacen, todos los niños, tanto varones como hembras, establecen una identidad primaria y un lazo social con la persona que les alimenta, es decir, la madre. Cuando crecen, han de empezar a aportar a la familia y a la sociedad más de lo que consumen. Para llegar a ser adultos, ambos sexos atraviesan las mismas pruebas de separación, automotivación, estímulo y premio, y protopersonalidad; y ambos se vuelven receptivos a las demandas sociales de conducta apropiada de acuerdo con su sexo. Pero los niños varones se encuentran con problemas especiales que no tienen las niñas, pues éstas no tienen por qué cambiar su adscripción de género, sino identificarse simplemente con la persona que les alimenta, según Chodorow.

El niño tiene que lograr superar su anterior sentido de unidad con la madre para lograr una entidad independiente definida como “masculina” por su cultura, un esfuerzo equivalente no sólo a una separación psíquica, sino a la creación de una persona pública autónoma. En la mayor parte de las sociedades, el *sentido de sí mismo* del niño como ser independiente debe incluir un sentido de sí mismo diferente de su madre, separado de ella, tanto en su identidad como en su rol social. Así, para el muchacho, la separación e individuación “conllevan un peso añadido y un peligro” (Chodorow, 1978).

Rubin, inspirándose en el trabajo de Chodorow, afirma que la agresividad masculina contra las mujeres puede interpretarse como una reacción a esa pérdida precoz y al sentimiento de traición que la acompaña. Considera también que el desprecio hacia la mujer es debido a la ruptura interior que exige tal separación. Este desprecio, según ella, es fruto del miedo y de la arrogancia, “el miedo que siente el crío al verse obligado a rechazar la presencia todopoderosa de su madre”.

El peligro de regresión infantil es un tema delicado y siempre conflictivo porque el niño, al nacer, depende íntegramente de su madre, y forma al principio una unión simbiótica con ella. Gilmore (1994) define la regresión como la tendencia a volver a anteriores etapas del

desarrollo, a escapar de la realidad. “El deseo de escapar, de huir del peligro, de buscar consuelo en el regazo de la madre, es con toda probabilidad una tendencia humana universal. Se da en todas las personas, hombres o mujeres, jóvenes o viejos”.

Se ha escrito mucho acerca de esta cuestión porque la madre tiene una función muy concreta que no siempre desarrolla con éxito: las mujeres han de ser *buenas madres* (entregadas a la difícil tarea de sacar un niño adelante y de salvarlo de enfermedades y peligros) pero han de tratar de equilibrar la cuestión de la dependencia: la del niño hacia ella, y la de ella hacia el niño. En nuestra cultura patriarcal se piensa que una madre excesivamente apegada a su hijo o hija puede convertirlo en un ser débil y dependiente (atributos considerados característicos de las mujeres). Pero también existe abundante literatura acerca de las madres que traumatizan a sus hijos e hijas porque no les han dado amor ni cuidados, ni la oportunidad de adquirir un grado de autoestima pleno que les permita ser adultos funcionales.

El peor monstruo de nuestra cultura es el de la *mujer abandonadora* que no quiere y no cuida a sus criaturas. En cambio, los hombres patriarcales pueden abandonar a sus descendientes sin que su prestigio se vea dañado, porque en ellos tener hijos es un símbolo de su virilidad, así que cuántos más tienen, más machos se sienten. Aunque no puedan mantenerlos ni emocional ni económicamente a todos.

La maternidad en nuestra cultura patriarcal es sumamente complicada, porque una de las misiones de la madre es proteger a su hijo, y a la vez fomentar su autonomía para que pueda cuidarse a sí mismo y pueda vivir sin ella. La sociedad fuerza la separación madre-hijo con violencia, en lugar de facilitar la autonomía de los varones desde el amor, y además lo hacen con la falsa promesa de que pronto tendrán otra madre-sirvienta.

Los ritos de iniciación para varones en la mayoría de las culturas patriarcales son traumáticos porque los mandatos de género obligan a los adultos no sólo a convivir con la figura del padre ausente, sino además a separarse de la madre, a matar al niño que llevan dentro, y a mutilarse emocionalmente a sí mismos. Joseph Campbell estudió la magnificación de la fórmula de los ritos de iniciación basados en la estructura primigenia colectiva del monomito, basado en las aventuras del Héroe. Esta estructura se utiliza en los relatos religiosos, como por ejemplo la historia narrada en el Nuevo Testamento en el que el joven Jesús se separa de su madre, María, y sale del hogar materno para cumplir su misión de salvar al mundo.

El núcleo del monomito es el camino que recorre el Héroe de la historia: separación-iniciación-retorno: “El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva. Y al final el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos”.

En gran parte de nuestros relatos “... el protagonista es alejado o apartado de su entorno cotidiano para someterse a una serie de pruebas que le permiten enfrentarse a su monstruo interior para aprender a conocerse mejor a sí mismo. Pues sólo así, una vez vencidos los demonios familiares que le habían obligado a huir, el antihéroe acaba por madurar y transformarse, superándose hasta ascender a un estatus moral revestido de mayor dignidad” (Gil Calvo, 2006)

Los hombres tienen que despedirse de la madre, de su calor y su protección, pero también son obligados a despedirse del amor y la ternura, y a romper consigo mismos. Como muchos no tienen la figura paterna como referente para construir su propia identidad, tendrán que cargar toda la vida con el trauma del padre ausente, que no les quiso ni les reconoció, ni les dio amor ni cuidados, lo que tendrá un impacto en su forma de ser hombres y de ejercer la paternidad en la adultez.¹

Así que los niños varones para llegar a ser autónomos, tienen que pasar un duelo triple que deja una profunda huella en la psique masculina, que a partir de entonces tendrá que vivir reprimiendo sus emociones y en una guerra constante. El trauma aparece cuando empiezan a odiar al sexo al que pertenece la persona que más aman en el mundo: la madre. En esta batalla las mujeres se convierten en las enemigas, pues ellas representan todo aquello que ellos no quieren ser: la debilidad, la vulnerabilidad, la cobardía, la maldad... La imagen de la

¹ En España la tasa de abandono parental se sitúa en 13,3%, y el 81% de los dos millones de familias monoparentales de España son, en realidad, monomarentales (INE, 2020). En México, sólo dos de cada 100 hogares en México son habitados sólo por el padre con sus hijos. Un estudio realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en 2009 en México reveló que cerca del 40% de los hogares carece de padre.

Es una tendencia que se observa en otros países latinoamericanos, según una investigación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) publicada en 2009: “El porcentaje de niñas y niños menores de 14 años que vive con una jefa de hogar en áreas urbanas creció entre 1994 y 2005. En Argentina, por ejemplo, el porcentaje de infantes pasó de 18,3 a 26,4 %”

<https://www.cepal.org/es/publicaciones/6973-familias-latinoamericanas-interrogadas-la-articulacion-diagnostico-la-legislacion>

madre castradora que no les permite crecer es una de las pesadillas recurrentes para los varones que tienen que convertirse en *hombres de verdad*.

LA MUTILACIÓN SEXUAL FEMENINA

Solo la mitad de las mujeres pueden tomar sus propias decisiones a la hora de decidir sobre la atención de su salud, y decir “no” a su pareja si no desea tener relaciones sexuales. Sólo el 52% de las mujeres casadas o emparejadas tienen autonomía corporal y son dueñas de su cuerpo y de su salud. Es decir, sólo la mitad de mujeres en el mundo toman libremente sus propias decisiones sobre relaciones sexuales, uso de anticonceptivos y atención médica²

Además del miedo al poder de las mujeres, los hombres desarrollaron un profundo temor hacia su sexualidad, probablemente debido a la capacidad multiorgásmica de las mujeres. Desde los inicios del patriarcado hasta hoy, los machos han atentado contra el derecho al placer y al disfrute de las hembras humanas, y han intentado controlar sus cuerpos para ponerlos a su servicio.

¿Cómo comenzó todo? Según Campbell, con la *rebelión patriarcal* las diosas fueron sustituidas por los dioses, y pasaron a ser el envase que transporta al ser divino. El mito de la mujer pura y virgen es la conversión de la diosa cosificada como matriz y envoltorio: ya no es diosa, ahora es la madre de Dios. A partir del Neolítico, la Diosa es la madre-esposa del dios muerto y resucitado, cuyas primeras representaciones conocidas se sitúan hacia el 5.500 a.C. según Campbell (1964)

El antropólogo defiende que la epopeya babilónica y el resto de las épicas neolíticas evolucionaron de este modo: primero, el mundo nació de una diosa sin consorte, después de una diosa fecundada por un consorte, más tarde del cuerpo de una diosa que da a luz a un dios guerrero masculino, y por último, el mundo se creó sin ayuda de un poder femenino; lo hizo a solas un dios masculino. El poder de esta Diosa-Madre ha sufrido un proceso de depreciación y desvalorización a lo largo de la historia posterior del sistema patriarcal de Occidente, según Campbell, que afirma que en todas las mitologías patriarcales la función de la mujer ha sido devaluada sistemáticamente.

² Datos extraídos del estudio *Mi cuerpo me pertenece: reclamar el derecho a la autonomía y la autodeterminación*, informe del Estado de la Población Mundial 2021, Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA)

Su papel se reduce, o incluso se suprime, en los mitos del origen del universo, igual que en las leyendas de los héroes: “De hecho, resulta sorprendente hasta qué punto las figuras femeninas de la epopeya, el drama y el romance han sido reducidas a la categoría de meros objetos; y cuando funcionan como sujetos, iniciando la acción por sí mismas, han sido representadas bien como demonios encarnados, o como simples aliadas de los deseos masculinos, como es el caso de Atenea en Grecia”.

Según la antropóloga mexicana Marcela Lagarde, el mito de la mujer virgen como madre de Dios relata simbólicamente la mutilación sexual que la purifica y la vuelve inocente. María tiene que ser virgen porque así se asegura que el hijo es verdaderamente de Dios, de manera directa, sin mediaciones: “Debe ser virgen porque al serlo asegura que no es de otro -ya que la mujer sólo puede ser de alguien, no puede ser autónoma-, su virginidad es signo de que no tiene dueño, su alma pertenece íntegra a la divinidad y la prueba de la pureza de su alma es su cuerpo intocado” (Lagarde, 2006).

El fin de este mito es recoger y consagrar el tabú: el cuerpo embarazado de la mujer es signo y símbolo de la negación del erotismo humano, en particular del erotismo femenino, que a ojos de Dios es pecado. Este mito de la mujer inmaculada explica el dominio que los hombres han ejercido sobre la sexualidad femenina, que ha sido temida, constreñida, controlada y suprimida durante milenios. El miedo al placer femenino se relaciona inevitablemente con la necesidad que ha tenido el hombre de asegurarse de que sus hijos, a los que va a transmitir su patrimonio, sean realmente suyos. Lo sabemos porque a los machos de otras especies les ocurre lo mismo.

Según Barash y Lipton (2003), los machos del reino animal se comportan de igual forma: vigilan celosamente a sus hembras en período de celo porque no desean invertir recursos ni energía en sacar adelante a criaturas que no porten su ADN. Esto es especialmente visible en especies que viven en pareja, es decir, especies en las que los machos ejercen como padres y protegen, alimentan y cuidan a sus retoños. La misión de los machos antes de la concepción es que las hembras con las que van a criar no les sean infieles, pero es una tarea difícil si se tiene en cuenta que los propios machos desean tener cópulas fuera de la pareja para extender su ADN entre el mayor número de hembras posibles. El macho que pasa mucho tiempo fuera del nido cometiendo adulterios no puede ejercer la vigilancia sobre su pareja, que

probablemente también esté buscando nuevos machos que la fecunden, para así recoger la mayor cantidad de esperma posible.

La diferencia entre el resto de los animales y los humanos es fundamentalmente que los machos sapiens sí han logrado recluir a sus hembras en los nidos para asegurar su paternidad, mientras que ellos han podido seguir manteniendo relaciones con otras mujeres sin problemas. A pesar del confinamiento doméstico y la opresión masculina, el control de la sexualidad femenina humana nunca ha sido completa; prueba de ello es que el adulterio femenino ha estado presente en los principales temas de nuestro arte y nuestra cultura.

El mito de la monogamia en el amor romántico es una de las pruebas del miedo que sienten los hombres a ser desobedecidos, traicionados y abandonados por sus esposas, porque es un mito que solo sirve para las mujeres. Uno de los privilegios masculinos es precisamente tener una vida sexual y sentimental diversa y variada: la doble moral perdona las infidelidades masculinas y sanciona con crueldad las femeninas.

Autoras como Fisher (2007) destacan que la poderosa iniciativa sexual de las mujeres es un reflejo de la conducta en otros ámbitos del reino animal: “Todos los mamíferos hembras se excitan, y cuando aparece el celo buscan activamente al macho, conducta que se conoce con el nombre de preceptividad femenina. Es curioso pues que los occidentales sigan aferrados al concepto de que son los hombres los que seducen y las mujeres las receptoras pasivas y sometidas a la iniciativa masculina”.

En nuestra cultura, las mujeres que disfrutan del sexo son consideradas monstruosas, y probablemente se deba a su capacidad multiorgásmica. Según Fisher, una de las causas del orgasmo femenino radica en el placer que siente la mujer: “para la mujer el orgasmo es un viaje, un estado alterado de conciencia, una realidad diferente que la eleva por una espiral que llega hasta el caos, y que luego le proporciona sensaciones de calma, ternura, y cariño que tienden a cimentar la relación con el compañero”.

Como el orgasmo es señal de satisfacción, a los hombres les gusta que la mujer lo experimente porque es la prueba de la gratificación de su compañera y tal vez porque suponen que de ese modo no necesitará buscar aventuras sexuales con otros machos. En este sentido, el orgasmo femenino no sólo refuerza la autoestima, sino que también alimenta

el Ego del macho, por eso las mujeres en las encuestas admiten que alguna vez en su vida han fingido orgasmos para no herir a su compañero³.

En un magnífico ensayo sobre las diferencias entre los hombres y las mujeres a la hora de disfrutar sexualmente, Bruckner (1977) admite que el potencial del goce femenino, “su inmensidad incomprensible e indignante –desde el punto de vista masculino del ahorro, del jadeo, de las pequeñas reservas- nos aterroriza y nos oprime en la medida que ahí no ocupa ningún lugar nuestra anatomía”. El placer femenino no ha de retenerse, ni cae en picado como sucede en la eyaculación, de modo que la mujer siempre está en el cenit del placer mientras disfruta con plenitud. Es, en este sentido, un placer desordenado, sin principio ni fin: “En su erupción voluptuosa, el cuerpo femenino es desobediencia civil a la anatomía impuesta; induce metafóricamente una nueva socialidad, un nuevo exceso; y demuestra lo siguiente, que lo genital y sus placeres localizados son una limitación a la que un día, hace poco, obligamos al cuerpo” (Bruckner, 1977)

En los cuerpos de las mujeres se inscriben las relaciones de poder entre los sexos, y esto ha determinado su sexualidad y sus formas de relacionarse consigo mismas y con el resto de las mujeres. La sexualidad femenina confunde al hombre, porque constituye, aún hoy en día, un tipo de sexualidad diferente a la suya, un mundo desconocido y temible. El hombre nunca puede estar seguro de si su aparato va a funcionar como es debido, si después de una erección podrá lograr otra. Se encuentra atrapado en su propio falo mientras el placer de la mujer se expande en el tiempo y el espacio: “En los orgasmos de las mujeres habitan unos universos increíbles de los que nos enamoramos locamente a pesar de su distancia insuperable. Aun cuando los gestos de la amada parecen dirigidos y dedicados a nosotros, siguen expresando las oscuras regiones que nos excluyen”. (Bruckner, 1977)

Uno de los principales mandatos del patriarcado es que los cuerpos de las mujeres han de ser puestos al servicio de los hombres, como objeto de deseo o como mercancía, y ellos pueden usarlos para cubrir sus necesidades sexuales, o para hacer negocios. Desde muy pequeñas se

³ Catharine MacKinnon ve en la “simulación del orgasmo” una demostración ejemplar del poder masculino de conformar la interacción entre los sexos de acuerdo con la visión de los hombres, que esperan del orgasmo femenino una prueba de su virilidad y el placer asegurado por esta forma suprema de la sumisión. Citada en Bourdieu (2000).

les enseña que el deseo masculino es lo más importante, y que ellos son activos y las mujeres son pasivas ⁴

El privilegio masculino se construye sobre la idea de que los hombres tienen “derecho” a tener relaciones sexuales con mujeres que no les desean. Pueden hacerlo gratis y pagando. Las mujeres que no se someten a los mandatos patriarcales y se relacionan en libertad con los hombres y entre ellas son castigadas de una forma brutal: los hombres patriarcales temen a la mujer libre y poderosa que elige cómo y con quién quiere relacionarse, que se atreve a decir que no cuando no quiere, y que no se somete al dominio del macho, ni en la cama, ni fuera de ella. Las mujeres tienen prohibido el placer (por eso 200 millones de mujeres y niñas en el mundo han sufrido la mutilación genital, y se estima que de aquí a 2030 al menos 68 millones de niñas la sufrirán) ⁵

El placer de las mujeres no solo es un pecado, también es revolucionario cuando el disfrute es para ellas mismas y entre ellas. Los hombres patriarcales no pueden soportar la idea de que existan mujeres que no les necesiten sexual o económicamente hablando, por eso se han ensañado con tanta violencia contra las mujeres lesbianas durante tantos siglos.

LA MUTILACIÓN EMOCIONAL MASCULINA

Si las relaciones amorosas entre hombres y mujeres son tan dolorosas y conflictivas es porque los hombres tienen miedo no sólo del poder sexual de las mujeres, sino también de su capacidad para enamorarlos. Enamorarse requiere de grandes dosis de valentía, generosidad, y energía, y también requiere de mucha humildad para poder mostrar nuestro interior y compartir nuestro verdadero yo.

Los hombres patriarcales siempre van armados y protegidos, así que para algunos de ellos desnudarse por dentro es una tarea titánica y peligrosa. Usan máscaras y corazas para defenderse de la violencia de los demás hombres, pero también de “la magia” de las mujeres, que con sus encantos son capaces de envenenarlos, hipnotizarlos y someterlos.

⁴ Por eso los discursos misóginos tratan de poner en el centro el consentimiento, dejando el deseo femenino a un lado. La violencia consentida no es violencia, dice el patriarcado: “ellas se someten voluntariamente, y ponen su cuerpo porque quieren”.

⁵ El informe Female Genital Mutilation/Cutting: A Global Concern Concern (La mutilación genital femenina: una preocupación mundial, UNICEF, 2016) https://www.unicef.org/sites/default/files/press-releases/global-media-FGMC_2016_brochure_final_UNICEF_SPREAD.pdf

El terror de los hombres les da terror ser utilizados y engañados por las mujeres es muy antiguo: todos los niños aprenden pronto que las mujeres son peligrosas y deben defenderse de ellas, y atacar cuando sea necesario. El patriarcado anima a los varones patriarcales a estar siempre alerta y a reprimir sus emociones para no ser dominados.

La impasibilidad emocional es una de las características de la ideología de la virilidad hegemónica: los hombres viriles han de ocultar sus miedos e inseguridades y dar siempre una imagen de “tipo duro”. Las mujeres en cambio son consideradas “demasiado sentimentales” e incapaces de controlarse a sí mismas (aunque lo cierto es que generalmente las mujeres cuando están desbordadas emocionalmente no asesinan a los hombres con los que conviven)

Desde que comenzó el sistema patriarcal, la mayor parte de las representaciones simbólicas masculinas están basadas en héroes y guerreros sin sentimientos, eficaces, despiadados. Los niños aprenden a mutilarse emocionalmente a sí mismos para no sentir nada, y a también a despreciar su propia salud y su propia vida. Su único objetivo es llegar a lo más alto de la cima en la jerarquía social, y muchos viven tiranizados por su ego, que se alimenta constantemente del reconocimiento y del aplauso de los machos, y el deseo y el amor de las mujeres:

“Desde el principio al hombre se le anima a negar, a restar importancia a un aspecto completo de su Ego que encarna los sentimientos de desamparo, flaqueza, impotencia, una sensación de incertidumbre y ambigüedad, sensibilidad y empatía. Los niños pequeños no lloran, y sin embargo quieren llorar. Los hombres mayores sienten, pero han aprendido a disfrazar sus sentimientos tras una fachada de afabilidad engañosa y ansiosa jocosidad. Los hombres se pueden convertir en máquinas mortíferas mediante el cultivo deliberado de un “doble” machista, controlado, disciplinado, insensible, impasible, agresivo y frío” (Giddens, 1995).

Los varones durante su más tierna infancia aprenden que para ascender a lo más alto de la jerarquía social deben ser violentos y vivir en un estado constante de represión, contra sí mismos y contra los demás. Todos los hombres llevan un soldado del patriarcado dentro que les empuja no sólo a mutilarse a sí mismos, sino también a los demás hombres, usando

diversos mecanismos, pero sobre todo usando las burlas, un método muy efectivo para disciplinarse entre ellos y para castigar a los disidentes.

La mutilación emocional es un método de autodefensa contra el poder erótico de las mujeres, el único poder que han podido ostentar durante miles de años. Salvo excepciones, no han ocupado grandes cargos en el poder político, económico, religioso, militar, ni han tenido ningún tipo de relevancia en el ámbito de la cultura y el arte: el único ámbito en el que han podido ejercer poder es en el de las relaciones sexuales, afectivas y familiares.

Desde pequeñas somos educadas para utilizar nuestros *encantos femeninos* para conseguir lo que queremos y lo que necesitamos. Para muchas mujeres la seducción es la única estrategia de supervivencia posible: todas las niñas necesitan cuidados en su infancia y muchas aprenden a ser encantadoras para ablandar el corazón de los adultos. Nuestro mayor capital es el erótico, que apenas podemos ejercer unos años durante nuestra etapa fértil, y el patriarcado nos ofrece sólo dos posibilidades para salir de la pobreza y asegurarnos ingresos: ser las sirvientas de un solo hombre (matrimonio), o ser las sirvientas de todos los hombres (prostitución)

LA GUERRA DEL AMOR

Los hombres aprenden desde muy pequeños que las mujeres se parecen a las serpientes: tienen un veneno que les hipnotiza, les hechiza y les atonta. No en vano muchas de las mujeres poderosas de nuestra cultura son representadas con forma de serpientes, como las diosas de la mitología antigua, o bien son representadas junto a ellas, como Lilith y Eva, las dos mujeres originarias que tienen la culpa de haber desatado la ira de Dios. Es por su desobediencia que Él nos condenó a una vida de sufrimiento, y a tener que vivir de rodillas para implorar su perdón.

Cuando los hombres son atacados por “la serpiente”, caen presos de la cárcel del amor, se ven obligados a renunciar a su libertad, y a mantener económicamente a las mujeres con las que se casan y a sus descendientes. Para muchos hombres el amor es una guerra: pierde el que se enamora. El enamoramiento te quita poderes y te hace preso de la cárcel del matrimonio, por eso a muchos hombres les cuesta “asentar la cabeza”: la sociedad les pide

que dejen de ser hijos y pasen a ser padres. Y para muchos es difícil dejar el paraíso de la eterna juventud.

El patriarcado les hace creer que las que ganamos con el matrimonio somos nosotras, aunque en realidad la gran mayoría de las mujeres casadas trabajan miles de horas gratis cada año para sus maridos en todo el mundo. Y sin embargo, en el imaginario colectivo pervive la idea de que las mujeres somos vagas, interesadas y manipuladoras, y nos queremos casar para vivir como reinas. Pero nunca llegamos al trono: nuestro papel desde que entramos en palacio es en realidad el de sirvientas.

Los machos patriarcales no quieren casarse porque les es muy difícil encontrar *mujeres buenas*, sumisas, complacientes y obedientes. Las *mujeres malas* son la mayoría: ellas son las culpables de la desconfianza primordial que sienten los hombres contra las mujeres, y de la guerra mundial que se libra contra las mujeres en todo el planeta.

Los hombres enseñan a las nuevas generaciones que las mujeres son una amenaza para su libertad, para sus finanzas, y para su corazón. En nuestro imaginario colectivo pervive la idea de que son malas personas: los hombres deben domesticarlas como a los animales para que obedezcan, y para no ser dominados por ellas.

A lo largo de toda la Historia del Arte, las mujeres malas son representadas como seres monstruosos, sin sentimientos, sin ética, sin escrúpulos. Algunas de estas mujeres son tremendamente bellas, como las Sirenas, otras son terroríficamente feas, como las brujas o las harpías. Todas ellas dominan las artes de la seducción y las usan para “envenenar” a los hombres, para sustraer su voluntad, y para someterlos con sus encantos. Por eso los hombres patriarcales van al amor igual que si fueran a la guerra: acorazados y armados hasta los dientes. Van con miedo, sabiendo que tienen mucho que perder, y con mucho cuidado, porque han sido educados para desconfiar de todas las mujeres menos de sus madres.

Mientras los hombres aprenden a tenerle miedo al amor, a nosotras nos seducen con la idea de que encontrando a nuestra media naranja estaremos completas y podremos ser felices. En nuestras representaciones culturales occidentales, las mujeres van al amor vestidas de princesas, rodeadas de pajaritos, cantando felices y llenas de ilusión, como las protagonistas

de los relatos de Disney. Ellas creen que caminan hacia el paraíso, mientras ellos van hacia el campo de batalla.

Los protagonistas de nuestros relatos no se fían de las mujeres: creen que la gran mayoría somos malas personas, astutas, caprichosas, insaciables, retorcidas, sibilinas. Y es porque el pensamiento binario sobre el que se construye nuestra cultura patriarcal nos coloca del lado de lo salvaje, lo irracional, la locura, la noche, la magia, el misterio, el caos, la oscuridad y la Luna. Los hombres en cambio son los representantes de la cultura, la razón, la norma, la ley, la sensatez, el orden, la claridad, el día y el Sol. El patriarcado nos dividió en dos bandos para hacernos creer que éramos completamente diferentes, pero complementarios.

Pierre Bourdieu (2000) acuñó el concepto “violencia simbólica” para explicar cómo aprenden los hombres a odiar a las mujeres, y cómo aprendemos las mujeres a odiarnos a nosotras mismas, y entre nosotras, a través de los relatos. La misoginia lo impregna todo, está en todas partes, se produce y se transmite a través de los productos culturales y de entretenimiento, y se multiplica a través de los medios de comunicación y las redes sociales. Esta violencia es invisible para sus propias víctimas porque se expande a través de los relatos misóginos que sitúan a la mujer en la esfera de todo lo negativo y de la inferioridad.

El patriarcado ha utilizado tres grandes argumentos misóginos para justificar la explotación y el abuso de los hombres: la inferioridad moral de las mujeres (el paradigma de Eva mil veces repetido y reelaborado: curiosidad, debilidad, lujuria, portadora de la maldad y del pecado), la inferioridad intelectual (son menos inteligentes que los hombres) y la inferioridad biológica (no son tan fuertes ni tienen las habilidades físicas que tienen los hombres).

¿De dónde surge la necesidad de sentirse superiores a las mujeres? Probablemente tiene que ver con los complejos de inseguridad que desarrollan los varones en la infancia debido a que las niñas desarrollan más habilidades socioemocionales y aprenden a hablar antes, y en la adolescencia se desarrollan y maduran antes que los niños.

¿Cómo se sienten los niños cuando ellas ya están bajo la poderosa influencia de las hormonas y del mito romántico? En algunos casos la diferencia entre niños y niñas es de dos o tres años, razón por la cual las chicas se interesan por chicos más mayores, ya que los de su edad siguen siendo niños que no piensan en emparejarse sino en jugar. De alguna forma los niños

se sienten presionados a entrar en el juego romántico de las niñas, que ya sienten atracción sexual por los chicos cuando ellos aún no han abandonado la infancia ni entrado en la adolescencia. Y sentirse relegados a la categoría de “niños”, como vimos al principio, les resulta muy frustrante, porque precisamente lo que más temen es ser comparados con bebés, con hombres homosexuales o afeminados, o con niñas/mujeres.

Así que los niños necesitan sentir no sólo que son diferentes, sino además que son mejores y superiores. Cuanto más grande es su complejo de inferioridad, más necesitan aplastar a los demás para alimentar su ego y para sentirse muy machos, porque el patriarcado les regala privilegios si obedecen sus normas.

Según los mandatos del patriarcado, todos los seres superiores tienen el “derecho” de dominar, oprimir y explotar a los inferiores (animales, mujeres y demás seres vivos). En el momento en que un hombre domestica a un animal o a una mujer, se convierten en propiedades privadas, y sus vidas pasan a estar en sus manos. Como jamás pueden controlar de un modo total y absoluto a las mujeres, los hombres deben vigilarlas y castigarlas cuando desobedecen, cuando no cumplen con su rol de sirvientas, y cuando pretenden ejercer su libertad y sus derechos humanos fundamentales.

Estos miedos, complejos e inferioridades masculinos se ven muy claramente en nuestras bromas y chistes. A los varones educados en el patriarcado, no solo les da pavor verse dominados por mujeres poderosas, sino también a sufrir las burlas de los demás hombres. Les aterra profundamente la figura del *calzonazos*, el hombre débil, o el *hombre blandengue*, o el hombre cornudo, pero lo que más les duele son las risas del grupo de machos.

Como está en juego su prestigio y su honor, los hombres tienen que vigilar y controlar a sus parejas, lo que les genera un enorme estrés: vivir sospechando que tu novia o tu esposa quieren engañarte, hacerte daño y reírse de ti es agotador, y muy frustrante.

¿Cómo se manifiesta este desprecio y esta desconfianza hacia las mujeres? Podemos verlo en los datos de la Macroencuesta de la violencia contra la mujer realizada en 2019 por el Ministerio de Sanidad de España: más de 6 millones y medio de mujeres (el 30% de la población femenina) han sufrido en algún momento de su vida los distintos actos de violencia psicológica de control por parte de alguna pareja o expareja. Algunas de las formas de

violencia más comunes son: el 16,3% ‘insistía en saber dónde estaba en cada momento’, el 14,8% ‘se enfadaba si hablaba con otro hombre o mujer’, el 14% ‘le ignoraba y trataba con indiferencia’, el 12,1% ‘trataba de impedirle que viese a sus amigos o amigas, el 11,3% ‘sospechaba injustificadamente que le era infiel’, el 10% ‘esperaba que le pidiese permiso antes de ir por su cuenta a determinados sitios como por ejemplo un hospital o centro de salud, un centro cultural o deportivo, etc. y el 8,3% ‘trataba de evitar que se relacionase con su familia directa o parientes’.

Desde que los hombres decidieron que tenían derecho a explotar la tierra, los animales y las mujeres, hasta hoy, las mujeres han resistido de diversas maneras al abuso y la violencia masculina, y han desarrollado sus propias estrategias de supervivencia. El feminismo ha logrado que muchas mujeres tomen conciencia de la explotación y la opresión que sufren, y de los derechos humanos que pierden cuando se emparejan. Por eso las mujeres que luchan son consideradas peligrosas, y son tratadas como una amenaza para el patriarcado: las mujeres que se liberan de la violencia y el abuso contagian a las demás mujeres para que se liberen de los malos tratos y defiendan su libertad.

Los hombres aprenden a odiar a las mujeres desde ese miedo al abandono. El odio es una estrategia defensiva ante el miedo que sienten a ser utilizados, engañados, y destruidos. Y por eso huyen del amor o lo usan como arma de destrucción: los hombres aprenden pronto que para dominar a las mujeres es esencial que se enamoren locamente y sufran mucho. El amor romántico ha sido un dispositivo de control social que ha servido desde hace siglos para someter a las mujeres, y para hacerlas presas del amor. Una vez encerradas en la cárcel del matrimonio, ellos podrán vivir como reyes y recibir cuidados y obediencia hasta su muerte.

La trampa del amor romántico es que cuando caes en ella resulta muy difícil salir. Pese a que en muchos países se aprobó el derecho al divorcio durante el siglo XX, la falta de autonomía económica de las mujeres les impide separarse de sus parejas e iniciar una nueva vida⁶. Cuantos más hijos e hijas tenemos con un hombre, más pobres somos y más difícil es salir de la “cárcel del amor”

⁶ ONU estima que hay 4,4 millones más de mujeres que viven en la extrema pobreza en comparación con los hombres en su Informe de 2018: <https://www.unwomen.org/en/digital-library/sdg-report>

LA GUERRA CONTRA LAS MUJERES

“¿Cómo se acaba la guerra contra las mujeres? Desmontando, con la colaboración de los hombres, el mandato de masculinidad, es decir, desmontando el patriarcado, pues es la pedagogía de la masculinidad lo que hace posible la guerra y sin una paz de género no podrá haber ninguna paz verdadera” Rita Laura Segato (2003)

Según ONU Mujeres en 2022 fueron asesinadas unas 89 mil mujeres, más de la mitad (48.800 mujeres y niñas) fueron asesinadas a manos de sus parejas u otros familiares en todo el mundo. Esto significa que, por término medio, más de cinco mujeres o niñas son asesinadas cada hora por alguien de su propia familia. También las cifras de agresiones sexuales y violaciones nos demuestran que los hombres nos castigan ejerciendo violencia sexual.

Como nos recuerda la antropóloga Rita Segato (2003), los hombres ejercen su violencia no por una cuestión de deseo sexual, sino por la necesidad masculina de ejercer su poder sobre su pareja. Y esta necesidad es lo que les lleva a la guerra, especialmente contra las *mujeres malas* (las rebeldes y las desobedientes)

La guerra mundial contra las mujeres se desarrolla en tres frentes: la guerra de la sociedad contra las mujeres (a las que obliga a trabajar gratis para los hombres, y a poner su cuerpo, energía y tiempo al servicio del patriarcado), la guerra entre las mujeres (nosotras también explotamos a mujeres pobres y ejercemos violencia psicológica y emocional contra otras mujeres), y la guerra de cada una de nosotras contra nosotras mismas (autoboicot y autodestrucción fruto de la misoginia interiorizada)

No se trata de una guerra entre los sexos, porque las mujeres también son educadas para la misoginia, y también ejercen su poder y su violencia contra otras mujeres: todos y todas nos relacionamos en una estructura patriarcal.

¿Cómo comenzó esta guerra? Engels (1884) sitúa el inicio del patriarcado en el momento en el que los seres humanos abandonan el nomadismo, la caza y la recolección de alimentos, y comienzan a trabajar la tierra para su explotación, y a domesticar animales que les ayuden con las tareas más duras de los campos de cultivo. Con la agricultura comienza la propiedad privada, y los hombres comienzan a esclavizar a animales y a mujeres para que vivan a su servicio.

Los hombres no tenían manera de saber si sus hijos eran o no suyos, por eso confinó a las mujeres al ámbito del hogar: encerrarlas de por vida era la única forma de transmitir su patrimonio a sus verdaderos hijos biológicos.⁷

Para poder legitimar el uso de mujeres como mercancía para ser explotadas a nivel sexual, reproductivo, doméstico y laboral, el patriarcado tuvo que justificar la inferioridad de las mujeres, de manera que los hombres pudieran tratarlas con la misma violencia que tratan a los animales. Y para poder someterlas, era esencial que aprendiera a temerlas y a odiarlas.

La diferencia entre sexos no constituye el motivo por el cual existe la guerra contra las mujeres: es la jerarquía o asimetría entre los géneros, una manifestación de la bipolaridad inherente a la estructura lógica del pensamiento occidental. Esta estructura, según Mayobre (2007), fue fundada en el dualismo ontológico de Platón.

El problema reside en la jerarquización y priorización de un elemento con su opuesto, lo que da lugar a la dicotomización de la realidad: “el concepto “alto” lo asociamos con ideas como elevado o superior y “blanco” con níveo o angelical) y polos negativos y con otros negativos (el vocablo “bajo” lo enlazamos con nociones como inferior o ínfimo y “negro” con oscuro o tenebroso), lo que confirma y refuerza la jerarquía. La lógica binaria aplicada al par hombre/mujer justifica una concepción asimétrica de los sexos y que el varón (identificado con la Cultura) haya sido considerado superior a la mujer (asimilada a la Naturaleza) y que la mujer haya sido estimada como lo otro” (Mayobre, 2007)

En *La República*, Platón considera que la mujer es igual que el hombre cualitativamente, pero tan inferior cuantitativamente que es incapaz de ejercer la política como gobierno de la comunidad, principalmente porque las mujeres griegas estaban excluidas de funciones como las de pensar, razonar y discutir, según Soriano (2000).

A Platón no le gustan demasiado las mujeres, pero no las desprecia, aunque abra el camino al sexismo feroz de Aristóteles, en el que confluyen todos los tópicos de la tradición misógina, según Alborch (2002). Aristóteles define a las hembras por su presunta inferioridad anatómica y fisiológica, las caracteriza por la carencia y traslada a la totalidad del mundo

⁷ Engels, Friedrich (1884): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Alianza Editorial.

animal el a priori de la inferioridad de las mujeres basada en su subordinación social. Para este gran filósofo, la mujer es un macho mutilado, estéril, una malformación de la naturaleza. En muchos de sus escritos les priva de autoridad moral, les niega toda independencia por su incapacidad de controlar sus emociones, y en consecuencia, las somete a la razón del hombre, que se define por su capacidad para mandar. Los encantos irresistibles de las mujeres, que las hacen temibles y poderosas, se transforman así en carencia, defecto e inferioridad⁸

Gracias a estas aportaciones teóricas de Aristóteles, según Alborch (2002), el ancestral miedo a las mujeres fue sustituido por el menosprecio, la diferencia por la inferioridad, la ginecofobia por el sexismo. La concepción de la feminidad griega, platónico-aristotélica, es probablemente todavía hoy la concepción de la feminidad subyace en el imaginario simbólico colectivo, según Mayobre (2007), que señala que esta concepción ha sido avalada por filósofos, pensadores, artistas e intelectuales de todas las épocas.

La concepción de la mujer en la filosofía griega se revela muy bien en una sentencia que Diógenes Laercio en *La vida de los filósofos* atribuye a Tales de Mileto: “*Que por tres cosas daba gracias a la fortuna: la primera por haber nacido hombre y no bestia; segunda, varón y no mujer; tercera, griego y no bárbaro*”. En esta cita, Mayobre (2002) observa la transición del *mitos* al *logos*; en los orígenes de la Filosofía, el varón griego se enfrenta a la alteridad para construir su propia identidad en oposición a la mujer, a la naturaleza y al extranjero.

“Ella es un “no hombre”, el opuesto negativo del principio masculino, pero también un recuerdo esencial de lo que el varón es. Éste es la encarnación perfecta y absoluta de los valores de una sociedad...: es dominador, agresivo, competitivo, autocontrolado, visible y verbal. La mujer debe ser sumisa, pasiva, modesta, invisible y silenciosa, Sin embargo, estos valores “positivos” de la mujer son diametralmente opuestos a la percepción de su verdadera naturaleza, esencialmente antisocial: es irracional, transgresora, incapaz de controlar y reprimir sus insaciables apetitos sexuales y sus límites son difícilmente determinables o controlables”⁹

Desde Platón se piensa que la mujer es extraña al *logos*, que sólo participa parcial e inadecuadamente de la racionalidad. Esto es, según Purificación Mayobre, lo que explica el

⁸ Aristóteles, *Política*, Libro Primero. Porrúa, México, 1975, 5ªed., p. 170. Citado en Mayobre, 2007.

⁹ Cabrera, P., “Las identidades peligrosas. La imagen de la mujer en Emporion a través de la iconografía cerámica” en *Arqueología Espacial. Revista del S. A. E. T.*, n° 22, Teruel, 2000. Citado en Mayobre (2002).

carácter androcéntrico de nuestra cultura, es decir, el hecho de que el varón se establezca como medida y canon de todas las cosas, que las mujeres hayan sido pensadas como un ser imperfecto, y que su imagen haya sido cosificada y reducida a la condición de objeto.

La racionalización decisiva de la misoginia antigua fue obra, según Soriano (2002), de los romanos, que como los griegos, consideraban a la mujer inferior y basándose en tal hecho “natural” establecieron, mediante leyes, una rigurosa discriminación de sus obligaciones familiares y sus funciones sociales. El matrimonio romano, sin embargo, no exigía la consumación carnal, ni importaba que el hombre fuese impotente, ni que la mujer tuviese hijos de otro hombre, porque la maternidad le otorgaba a la mujer un estatus elevado, y una honorabilidad social.

En la tradición hebrea, la mujer también aparece como un ser perverso. Fue creada para hacer feliz al hombre y hacerle compañía, pero pecó e hizo pecar a Adán, “y por ello, durante toda su existencia, sus hijas tendrán que pagar la culpa” (Alborch, 2002) No es que el mal fuera inherente a la mujer; es que, dada su “naturaleza inferior”, su debilidad e incapacidad para prever las consecuencias de sus acciones, fue la elegida por el enemigo de Yahvé.

La difusión del cristianismo por todo el Imperio romano en decadencia y su constitución en Iglesia jerarquizada y dogmática, fuertemente impregnada por ideas del Antiguo Testamento, acentuaron la dualidad conceptual referida a la mujer. San Pablo, el apóstol de los gentiles, en sus Epístolas sobre el matrimonio exaltó la superioridad del marido, comparando a los varones con Jesucristo y a las esposas con la Iglesia, siempre obediente a su fundador. San Pablo incluso establece normas de conducta:

"En lo que existe de común entre ellos, son iguales, pero en lo diferente no son comparables. Se deben parecer tan poco un hombre y una mujer perfectos en el entendimiento como en el rostro. El uno debe ser activo y fuerte, el otro pasivo y débil. Es indispensable que el uno quiera y pueda y es suficiente con que el otro oponga poca resistencia. Establecido este principio, se deduce que el destino especial de la mujer consiste en agradar al hombre. El mérito del varón consiste en su poder, y sólo por ser fuerte agrada define a la mujer en relación al varón"¹⁰

¹⁰ Rousseau, J. J., *Emilio o de la educación*. Alianza, Madrid, 1995. Citado en Amelia Valcárcel, 2000.

Los filósofos y artistas de todas las épocas se han dedicado a legitimar, reforzar y endurecer los discursos de la misoginia, pero algunos tuvieron más impacto que otros, como por ejemplo Rousseau, un filósofo ilustrado que hablaba de la igualdad y la democracia, pero solo para los hombres: “Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de adultos, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce: he ahí los deberes de las mujeres en todo tiempo, y lo que debe enseñárseles desde la infancia” (Rousseau, 1672).

¿POR QUÉ SE CASAN LOS HOMBRES CON SUS ENEMIGAS?

El patriarcado hace creer a la mayoría de los hombres que solos no pueden valerse por sí mismos y que necesitan una sirvienta que les cuide y actúe como una madre. Necesitan que la sirvienta satisfaga todos sus deseos y necesidades, y realice las tareas básicas para la supervivencia que ellos no saben, no pueden y no quieren realizar¹¹ Debido a la falta de autonomía de los varones patriarcales, la gran mayoría necesita una mujer que traiga un salario a casa, y que además trabaje gratis en el hogar, se ocupe de todo, y que lo haga de un modo amable y servicial.

Pese a que la mayoría de los países viven desde hace décadas en regímenes políticos democráticos, aún la mayor parte de los hogares adoptan un sistema de monarquía absolutista en la que los hombres son los reyes, y la mujer, las hijas y los hijos súbditos y sirvientes. Los hombres necesitan sentirse poderosos: los datos nos demuestran que les está costando mucho quitarse la corona y democratizar su propio hogar.

Solo con echar un vistazo a las estadísticas del tiempo libre desagregadas por sexo nos damos cuenta de cómo el matrimonio heterosexual beneficia mucho más a los hombres: ellos tienen casi el doble de tiempo libre que las mujeres en todo el mundo, lo que implica que tienen más tiempo para descansar, para dormir, para divertirse y para disfrutar de la vida. Según los estudios de la OCDE y el INE (2019), las mujeres españolas dedican 2 horas diarias más de media a las tareas del hogar y el cuidado de la familia que los hombres.

¹¹ En España las mujeres trabajan gratis durante 43 días al año. Dedican una media de 6 horas (5 horas y 59 minutos) al trabajo doméstico. Por el contrario, los hombres emplean en este grupo de actividades 2 horas y 20 minutos, según el Instituto de las Mujeres de España: Monografía: Cuidados, Revista In Mujeres, nº 2, 2003

Al sistema capitalista y patriarcal le conviene que los hombres se casen, y tengan un *freno de mano*. En el momento en que contraen matrimonio y fundan una *familia feliz*, los hombres se ven obligados a trabajar durante toda su vida para poder mantenerla económicamente, de sol a sol. Su necesidad económica les ata al sistema productivo irremediamente: es a través del matrimonio que los hombres se ven obligados a madurar y asumen su papel de proveedor principal del hogar. Aunque ahora ya no son los únicos que traen ingresos a casa, el peso sigue recayendo sobre ellos, porque era el único rol importante que desempeñaban en el hogar.

Una de las principales causas de divorcio en la actualidad es la sobrecarga de los cuidados: las mujeres nos hemos incorporado masivamente al sistema laboral, pero los hombres no se han incorporado masivamente al sistema de cuidados, razón por la cual la mayoría de las mujeres tienen doble jornada laboral, y tan solo una hora de tiempo libre al día, según el Instituto de las Mujeres de España.¹²

Los hombres se casan porque tanto el capitalismo como el patriarcado les seducen a través de una compensación fundamental: “si te casas serás el rey de tu casa, y podrás tener descendencia, sexo asegurado, una sirvienta complaciente que te cuide, te obedezca y te acompañe hasta la muerte”. Además, susurra el patriarcado al oído de los hombres “ en realidad los hombres no tenéis por qué renunciar a vuestra libertad sexual y amorosa: todos podréis gozar del privilegio de tener una esposa y además amigas, amantes y prostitutas a vuestro servicio”.

Para muchos de ellos, el matrimonio es un infierno, porque generalmente en cuanto se acaba la luna de miel con sus parejas, empiezan las luchas de poder: las mujeres no aguantan el abuso sin quejarse. Todas, en mayor o menor medida, de una forma u otra, protestan contra la injusticia y contra las violencias que sufren por parte de sus parejas. Incluso las mujeres más patriarcales se rebelan contra la explotación. Por eso las relaciones de pareja están atravesadas por múltiples luchas de poder, algunas de ellas eternas. En estas luchas de poder los hombres patriarcales usan sus privilegios como armas. Les piden a sus compañeras que sean monógamas, pero ellos no lo son. Les piden a sus compañeras que les cuiden, pero ellos no cuidan a sus compañeras. Limitan la libertad de su compañera, pero jamás limitan la suya propia. Les piden que tengan hijos, pero tampoco los cuidan (de acuerdo con la última

¹² Mujeres en Cifras 1983-2023, Instituto de las Mujeres de España.

encuesta del CIS, realizada en enero de 2024 con una muestra de 4.000 entrevistas, las mujeres en España dedican casi 7 horas de media al día al cuidado de los hijos e hijas frente a las 3.7 horas que dedican los hombres)

¿Qué ocurre cuando las mujeres no cumplimos con nuestro rol de sirvientas, o cuando no obedecemos? Que los hombres patriarcales nos castigan con múltiples formas de violencia machista: violencia económica, violencia verbal y emocional, violencia de control, violencia sexual, violencia física, y femicidios. Todos los días en el planeta asesinan a 137 mujeres, de las cuales la gran mayoría son femicidios por parte de sus parejas y ex parejas. La gran mayoría sufre violencia cuando quieren huir, cuando desobedecen o cuando se unen a otro hombre: los femicidas creen que las mujeres son objeto de su propiedad, por eso no les permiten divorciarse y comenzar una nueva vida.

¿Qué necesitamos como sociedad para erradicar la explotación, la violencia de género y los femicidios? Que los hombres reciban una educación basada en la Ética del Amor y la Filosofía de los Cuidados, que tomen conciencia del miedo que les lleva al odio y al abuso, que aprendan a cuidar sus emociones y relaciones, y a tratar a las mujeres como compañeras.

BIBLIOGRAFÍA

Alborch, Carmen (2002) *Malas. Rivalidad y complicidad entre mujeres*, Madrid, Santillana Ediciones Generales.

Badinter, Elisabeth (1993) *XY La Identidad Masculina*, Alianza, Madrid, 1993.

Barash, David P y Lipton, Judith Eve (2003) *El mito de la monogamia*, Madrid, Siglo XXI.

Bauman, Zygmunt (2003), 2007. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, CDMX, Fondo de Cultura Económica.

Bornay, Erika: *Las hijas de Lilith*, Ensayos Arte Cátedra, Madrid, 1998.

Bourdieu, Pierre (1998), 2000. *La dominación masculina*, Barcelona, Colección Argumentos, Anagrama.

Bou, Nuria (2006) *Diosas y tumbas. Mitos femeninos en el cine de Hollywood*. Barcelona, Icaria.

Bruckner, Pascal, y Finkielkraut, Alain (1977), 1979. *El nuevo desorden amoroso*. Barcelona, Anagrama.

Campbell, Joseph (1964) *Las máscaras de Dios: Mitología occidental*. Madrid, Alianza Editorial.

Fisher, Helen (2007) *Historia natural del amor: monogamia, divorcio y adulterio*. Barcelona, Anagrama.

Giddens, Anthony (1995) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Editorial Cátedra.

Gil Calvo, Enrique (2006) *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona, Anagrama.

Gilmore, David D (1994) *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona, Paidós Básica.

Lagarde, Marcela (2015) *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. 2a edición, Ciudad de México, Siglo XXI editores.

Muñoz, Blanca (2001) *Medios de comunicación, mujeres y cambio cultural*, Comunidad de Madrid, Dirección General de la Mujer.

Moore, R. y Gillette, D (1993) *La nueva masculinidad. Rey, Guerrero, Mago y Amante*, Barcelona, Paidós.

Segato, Rita (2003) *Las Estructuras Elementales de la Violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los Derechos Humanos* (1ª ed). Colección: Derechos Humanos, Valencia, Prometeo - Universidad Nacional de Quilmes.

Valcárcel, Amelia (2000) *Rebeldes. Hacia la paridad*, Colección Modelos De Mujer, Barcelona, Editorial Plaza & Janés.

Recepción: 12-11-2023

Aceptación: 30-12-2023